

una prosa artística, que brilla por sus imágenes bien escogidas y encanta por su ritmo, y que se complace más en la descripción de paisajes y situaciones que en la pintura de los personajes y la narración de los sucesos, sin negarse por eso a presentar la fina observación de estados psicológicos.

La excelencia del libro nos permite comprender por qué le mereció a *Jean Paul* un premio nacional de literatura.

\*  
\* \*

JUAN PABLO ECHAGÜE, *Monteagudo. Una vida meteórica*.—Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, Ltda., 1942. 204 pp.

Bien editada e ilustrada con doce láminas —siete dibujadas en piedra litográfica e impresas directamente, y cinco reproducidas e impresas en *offset*— que representan, unas las efigies de Monteagudo, O'Higgins, San Martín, Torre Tagle y Bolívar, y otras algunas páginas de libros y escenas de ciudades sudamericanas del ochocientos, esta bella obra de Juan Pablo Echagüe nos relata la romántica carrera pública de Bernardo Monteagudo, cuya discutida personalidad "de americano sustantivo fué plasmada desde la infancia por un poderoso determinismo terrígena y racial".

Afirmándose en su noble patriotismo americanista, y en la opinión que de Monteagudo expresó Bolívar —consagrando su memoria— en una de sus cartas, Echagüe apeló a los recursos de su arte equilibrado y consciente para trazarnos la figura del prócer tucumano y reconstruir los dramas y aventuras en que se vió envuelto a veces debido a su inquieta y prodigiosa energía y a la pasión de América que orientó su genio libertario, arráncandole vivos destellos. Para "presentarlo vivo en el entender y en el obrar", adoptó los procedimientos modernos de la biografía novelada, por parecerle "la forma que mejor se presta a destacar la envergadura psicológica del héroe, su actividad multiforme, las extrañas asechanzas de su destino, y su gravitación sobre la voluntad de hombres encumbrados y la suerte de grandes países continentales".

La biografía comienza con las aventuras del padre del héroe, don Miguel de Monteagudo, quien, de Cuenca en Castilla, pasó a la Argentina y se estableció en Tucumán —donde casó con Catalina Cáceres, "criada de una familia de cierta categoría, que lo conquistó por linda, por mansa y por buena"— y termina con el asesinato de su hijo Bernardo, el doctor de Chuquisaca, que tanto se parecía a su madre por los ojos negros y luminosos, el cabello rizado, la boca sinuosa y los movimientos firmes y elásticos, ya que no por lo demás...

Desde los primeros años de su azarosa vida ejemplar, nos atrae y cautiva el revolucionario Monteagudo, tal y cual nos lo pinta la mano maestra de Echagüe: Nos conmueve verlo en su Tucumán natío, de niño ultrajado y perseguido por sus compañeros de escuela —que lo llamaban cholo, mestizo y mulato para apocarlo—, y acogido amistosamente por el indio Yanko, quien le comunicó su saber bárbaro y encendió en su

alma el amor de América y sus razas milenarias esclavizadas y explotadas; seguimos sus aventuras de estudiante en la Universidad de Chuquisaca, donde se recibió de abogado a los diez y nueve años y terminó por rebelarse contra el despótico gobierno de los godos peninsulares; le acompañamos en Buenos Aires, donde organizó partidos políticos y dirigió recias campañas de prensa contra el régimen colonial; y después en Chile, en el Perú, en Panamá, en Centroamérica, en dondequiera que anduvo, vencedor o vencido, elevado a altas posiciones, encarcelado, desterrado, perseguidor y perseguido.

“Potente felino con garras al acecho”, y “jaguar de América”, llama Echagüe a este paladín “del nombre taladrante y la voluntad despiadada, que pasó por el escenario de su tiempo sin bajar la frente, amado, temido y execrado”.

Garboso, bizarro, elocuente, tenaz y estudioso, Monteagudo no perdió ni un solo instante de su corta existencia, y de todo se aprovechó para realizarse y comunicar a los demás el fuego libertario que lo animaba. Estudió leyes, política, lenguas y literaturas, y se apoderó de los secretos de la palabra para defender la independencia americana. Era un solitario, aunque en todas partes se le veía, dispuesto siempre a la lucha sin cuartel, y al servicio, sucesivamente, de los grandes conductores San Martín, O'Higgins, Bolívar, a quienes en ocasiones inspiró y sostuvo lealmente en su acción política. Sus servicios a la causa de América fueron activos y constructivos. Organizó partidos y campañas de propaganda, fundó periódicos, escuelas y bibliotecas, y fulminó decretos y sentencias de muerte a los enemigos de aquélla. Por eso fué querido y odiado con pasión, y en la plenitud de su fuerza y de su influencia, a los treinta y cinco años de edad, murió apuñaleado por asesinos que obraron a oscuras, armados por las fuerzas reaccionarias que en Lima se oponían al establecimiento de la democracia americana.

Admirable por muchos conceptos es la biografía que de Monteagudo nos da Echagüe, y muy especialmente por el arte con que la escribió y por la pasión americanista que guió su pluma al trazar la figura del meteórico prócer tucumano cuya acción revolucionaria pudiera ser paradigma para las tímidas juventudes de hoy que no saben —como lo supo él— que el destino de América depende sólo del esfuerzo que ella misma haga para defender intrépidamente su espíritu y su patrimonio.

CARLOS GARCÍA-PRADA

J. G. BLANCO VILLALTA, *Conquista del Río de la Plata*.—Buenos Aires, Editorial “Claridad”, 1943. 394 pp.

A la gran mayoría de los historiadores el documento les pone un freno con anteojeras. Al biógrafo moderno se lo quita. El clima histórico que destilan las historias noveladas se busca para emanciparse del para-